

Las 5 estaciones

Letra y música: Jean-françois Cuenca

Grabado en directo:

Chema Callejero, piano

Coco Balasch, contrabajo

Pedro Vega de la Nuez, batería

Los años, desfilando, nos brindan a su paso un bien tan estimable como intangible: la perspectiva. La vida tiene un recorrido sinuoso o vertical, según se mire. Nos permite ser el mismo siempre y varios personajes al tiempo, transitando en diversos planos paralelos o convergentes, superpuestos, contradictorios a veces, incluso incompatibles, pero siempre inclinados hacia el mismo punto. La falta de lucidez óptica nos abruma de horizontalidad, nos ciega, nos burla, nos engatusa con la eternidad como la falta de perspectiva nos hace creer que el mar es plano hasta el infinito cuando apenas lo es hasta el horizonte. Y el horizonte se puede alcanzar con la puntita de los dedos del mismo modo que nuestra muerte está siempre al acecho, vigilante, caminando solo medio segundo delante de cada uno de nosotros y dispuesta a pararse en seco para que nos topemos con ella. La muerte es sigilosa, inodora y transparente y vivimos, ebrios de eternidad, como si no existiera, despilfarrando placeres, dilapidando belleza, aplazando con pereza y sin conciencia la felicidad que no es sino la búsqueda de instantes felices. A pesar de que, como decía Georges Brassens, la gilipollez no se alivia con los años, a partir de cierta edad se alcanza a ser, por poco que sea, más perspicaz, sabio, reflexivo y tolerante. Es probable que tan solo sea por la conciencia creciente del punto final en el que concluyen todos los planos inclinados de nuestra vida. Es una lástima que haya que esperar tanto para que nos sea revelada esa pequeña verdad. O quizá no..

Pensaba que al crecer todo sería más fácil,
se aplacarían mis temores y el frágil
entresueño del futuro.
Dibujaba mi vida con puro
perfil multicolor,
un trazo de luz, una gota de amor.

Pensaba que al vivir todo sería más simple,
cada dolor cedería como el mimbre
se curva con el apuro.
La vida no es un paso, es un muro
difícil de trepar,
duro de demoler, largo de rodear.

Pensaba que al querer todo sería más dulce,
un mar de pétalos que oxigena y conduce
al nirvana maduro.
El amor tiene un rostro oscuro
que acaricia o que raja
como una hoja o el filo de una navaja.

Pensaba que al envejecer todo sería más triste,
pero como una virgen apareciste
milagrosa en mi conjuro.
Me salvaste la vida y te juro
que alcancé el cielo
en el gris de tus ojos, el flequillo de tu pelo.

Pensaba que al morir todo sería más trágico
pero la guadaña viene a mí con algo mágico:
Una sinfonía en murmullo.
Dejo mis canciones y perduro
esparcido en el aire
un poco para todos, un mucho para nadie.